

*A propósito de Federico Neiburg y Mariano Plotkin (comp.), **Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en Argentina**, Buenos Aires, Paidós, 2004.*

El espíritu de la siguiente reseña no apunta tanto a desmenuzar minuciosamente los argumentos de los artículos aquí reunidos, como a recorrer la estructura profunda que ha hecho posible la articulación conceptual de los mismos. En el conjunto de ensayos recopilados por Mariano Plotkin y Federico Neiburg en **Intelectuales y expertos. La construcción del conocimiento social en la Argentina**, se reconstruye la historia del nacimiento, desarrollo y consolidación de los modernos saberes científicos que fueron dando forma a “lo social” en nuestro paisaje cultural. Allí nos encontramos entonces con el desenvolvimiento progresivo de una esfera intelectual autónoma, donde habitaron y actuaron los (no tan) distintos “ingenieros existenciales” que la hicieron posible: intelectuales y expertos. Como se irá viendo, aunque en un primer momento estas dos figuras se presentan como antagónicas, su despliegue final estará ligado a una suerte de hibridación constitutiva en la que se van diluyendo los bordes estamentales.

Los ensayos son ensamblados a partir de un doble registro, uno espacial y otro temporal; en el primero, se surca un sendero que conecta no dialécticamente a dos instancias contrarias: la nacional y la transnacional; y en el segundo, se traza un arco histórico que va desde las últimas décadas de nuestro siglo fundacional hasta la caída del Estado del Bienestar.

Intelectuales y expertos... nos muestra entonces de qué manera en el ámbito de las disciplinas humanísticas y de las ciencias sociales, la historia acerca de los intelectuales y de su participación en la elaboración del conocimiento social se ha vuelto un objeto de análisis privilegiado durante los últimos años. Al leer los distintos ensayos que allí aparecen reunidos, percibimos inmediatamente un rasgo compartido que los diferencia de otros trabajos un tanto más tradicionales, esto es: el de haber sido confeccionados a partir de un posicionamiento especular donde el intelectual ya no se dirige hacia un objeto

“exterior”, sino que, como en un juego de espejos, aspira a contemplar su propia subjetividad y las dimensiones sociales de su pertenencia institucional. De esta manera, el núcleo básico que atravesará a los distintos artículos de la compilación supone un proceso de lenta metamorfosis en el que una capa social en vías de diferenciarse, la de los intelectuales, empieza a reflexionar sobre sí misma, sobre las distintas cristalizaciones institucionales de sus discursos y sobre los vasos comunicantes que la ligan al cuerpo social.

A grandes rasgos, la lectura de la compilación nos deja el sabor de que la pausa y para nada lineal autonomización de los saberes científicos comporta dos momentos sustantivos que podrán ser descritos de la siguiente manera: en una primera instancia, asistimos a la emergencia de unos discursos con vastas pretensiones de verdad sobre la sociedad, como el de la sociología, la antropología o la economía, que a través de la mediación de ciertos personajes van desplegando sus propios rituales de legitimación y validación institucionales. En una segunda instancia, la irrupción de una forma de escritura que se propone a sí misma la narración de su propia *historia intelectual*, puede ser interpretada como un bien específico que lleva consigo los signos de maduración avanzada en la que se encuentra el propio campo intelectual. Así, la historia *de* los intelectuales y *de* su producto máspreciado, el “conocimiento social”, aparece narrada aquí como un acontecimiento en el que se sopesan trayectorias personales e institucionales, se retoca el marco de los principales conceptos y se renuevan los criterios sociales de validación conceptual.

En la introducción a los diversos textos, quienes han sido los encargados de elaborar la compilación de los mismos, Federico Neiburg y Mariano Plotkin, acercan una serie de hipótesis sumamente sugerativas acerca del vínculo que se hilvana entre intelectuales y expertos en la invención del *sentido* social, y la forma en la que éstos gestaron sus respectivos horizontes disciplinarios. Quizá la más polémica de todas, presupone que la construcción del “conocimiento social” en nuestras latitudes estuvo signada por la disolución de unas fronteras que (supuestamente) debían separar a los intelectuales de los expertos. Lo cierto es que para los autores, a contrapelo de ciertas lecturas sedimentadas, lejos de represen-

tar mundos maniqueamente diferenciados, tanto el intelectual como el experto son parte de un mismo espacio de prácticas y de significaciones. De allí que la verdadera productividad de ciertos personajes conspicuos, piénsese por ejemplo en los casos de Alejandro Bunge o Gino Germani, consistió en su capacidad para deslizarse hábilmente a través de los múltiples pasillos del mundo social. Así, como no habría ninguna pureza originaria que preservar, el libro quiere ser portador de un doble gesto agonal: con el primero, intenta matizar la supuesta división esencial entre el intelectual y el experto; con el segundo, busca cuestionar la legitimidad del concepto de polución como categoría válida para describir aquel proceso. En consecuencia, nos encontramos con la existencia de una serie de intersticios fértiles donde al mismo tiempo brotaban intereses estatales, aspiraciones intelectuales y oportunidades comerciales para unos mismos personajes fundacionales. De esta manera, se fue diseñando toda una forma de intervención sobre la sociedad mutuamente compartida entre intelectuales y expertos, en la que científicos y funcionarios se daban en préstamo ciertos recursos de legitimación para calcar una y otra vez los contornos de lo social. Por el contrario, las otras historias alternativas relativas a la institución de los saberes científicos, probablemente encandiladas por la experiencia europea, se inclinan a oponer drásticamente la figura del intelectual con la del experto, como si se tratara de dos sustancias refractarias, puras e inmutables. En este contraste de tinte binario, mientras que la identidad del primero se define por la tenencia de un registro sensible que le permite elaborar el diagnóstico y la terapéutica adecuados para la cura de los males comunitarios; la del segundo, la del moderno burócrata calificado, se confecciona a partir de la monopolización de un saber (o de una técnica) especializado y de la permanente auto-consagración de su neutralidad ideológica frente a lo social. Por lo tanto, para esta última mirada, cualquier experiencia donde parecieran travestirse los roles previamente asignados es concebida en términos de una extraña deformación o desvío.

Más arriba habíamos dicho que el período histórico que la compilación recorre se extiende desde finales del siglo XIX hasta la década de 1970. En ese marco temporal, uno de los trazos preferidos por parte de los autores va desde los ini-

cios de 1880 hasta los ecos de la Primera Gran Guerra. Como revelan los artículos de Carlos Altamirano y Jorge Panta-león, para los casos de la sociología o la economía, respectivamente, dicho recorrido se inicia con las expresiones originales de ciertos pensamientos sociales y finaliza en el momento de sus respectivas consolidaciones como espacios socialmente diferenciados. A la vez, también habría que dejar en claro aquí que el espíritu del trabajo no consiste en trazar una cronología minuciosa, regular y lineal de las instituciones y los saberes, sino en desatar los nudos simbólicos de las disciplinas. Como se podrá intuir, estos “episodios fuertes” estarán indisolublemente ligados a sus momentos fundacionales. Así, por ejemplo, como ilustra Alejandro Blanco, la historia de la sociología tiene, como la ciudad en la que fue gestada, dos fundaciones, una a finales del siglo XIX y otra a mediados del XX; de las cuales, la más antigua, que el autor denomina “la sociología de la cátedra”, se distingue de la moderna, la “sociología científica”, por tener un tono más ensayístico que científico y por sugerir asimismo un concepto de ciencia protorromántico. Por el contrario, la nueva sociología halla su fuente de inspiración definitiva tanto en las modernas ciencias naturales como en la negación de los fundamentos de la otra, que además era condenada al olvido por poseer una dosis demasiado abundante de literatura.

En términos de los criterios axiomáticos que son compartidos por el conjunto de los autores, otro de los aspectos que se encuentra presente en nuestro proceso de génesis epistemológica y que colabora en la construcción identitaria de los saberes científicos vernáculos, está vinculado al papel crucial que jugaron las influencias exógenas en la determinación de la fisonomía conceptual de nuestros saberes. En efecto, en no pocos casos el estímulo principal para el nacimiento de aquellos “profetas” que venían a *decir* sus respectivos discursos de nueva fe secularizada, provino de un estímulo externo de parte de aquellas instituciones que combinaban, en su arquitectura institucional, elementos que eran a la vez políticos, administrativos y académicos. En principio, la confluencia con los acontecimientos internacionales era posible por la dinámica de circulación, recepción y creación que se celebraba entre aquel nivel y el de los saberes nativos. En ese sentido, al interior de estos territorios, en

la batalla discursiva que libraban las distintas fracciones intelectuales por capturar ciertos significantes, como el de “ciencia”, “razón” o “verdad”, uno de los recursos estratégicos más efectivos para imponerse sobre la otra consistía en la exitosa adaptación de los conceptos extranjeros. Así, la fracción que lograba articular su proyecto intelectual con las dimensiones conceptuales de los discursos que fluían desde lo supranacional monopolizaba un recurso distintivo y, por lo tanto, definitorio para su destino. Junto con el Estado en el ámbito regional, el espacio internacional se transformaba en la otra gran fuente de verosimilitud a la que aquellos discursos apelaban para legitimarse.

Para concluir, haremos referencia al otro espacio, el de lo nacional, donde peronismo y desarrollismo fueron dos instancias políticas, económicas y culturales que influyeron decisivamente en el armado de los saberes sociales. En los escritos, tanto uno como otro es recuperado no a partir de sus rasgos institucionales específicos, o de sus políticas económicas particulares, sino en términos de una cierta atmósfera experiencial que introducía sus propias condiciones de posibilidad e imposibilidad en cada uno de los campos. Para decirlo con pocas palabras, en un primer caso, el peronismo emergió como un acontecimiento único que por su radicalidad ponía en cuestión la validez de las categorías de conocimiento anteriores con las que pretendía ser descifrado, pidiendo a gritos un nuevo lenguaje que lo dijera. Si tomamos un caso concreto, una de las brechas que separó a las dos formas de entender la sociología radicaba en el posicionamiento político e intelectual que se esgrimía frente a ese fenómeno social y político. En torno al desarrollismo, su presencia supuso la inyección tanto a escala local como internacional de una fibra modernizadora destinada a convertir los antiguos y desvencijados aparatos del Estado en modernos dispositivos de saber, poder y administración, promoviendo una reforma del andamiaje estatal sobre la base de un nuevo saber especializado.

Mauro Spagnolo
UBA

*A propósito de Daniel Lvovich, **Nacionalismo y Antisemitismo en la Argentina**, Buenos Aires, Vergara, 2003, y de Graciela Ben-Dror, **Católicos, Nazis y Judíos. La Iglesia Argentina en tiempos del Tercer Reich**, Buenos Aires, Lumiere, 2003.*

Los estudios sobre la recepción y la producción de un discurso antisemita en la Argentina han cobrado un particular interés tras la publicación de dos nuevas y esclarecedoras investigaciones historiográficas. Indagar en el carácter antisemita del discurso nacionalista y en las características que este fenómeno adquirió en los agentes de difusión de estas narrativas resulta una herramienta relevante para comprender el sesgo excluyente de los discursos tendientes a naturalizar la categoría *argentinidad*.

La obra de Lvovich indaga en la sociogénesis de una narrativa antisemita, la emergencia de una “cuestión judía”, entre los intelectuales del nacionalismo argentino entre fines del siglo XIX y los albores del peronismo. La particularidad de esta investigación radica en la focalización analítica que efectúa sobre la construcción de un “otro” enemigo en el seno del discurso nacionalista que tendrá su década de apogeo entre 1932 y 1943. Si bien los estudios tendientes a trabajar los orígenes de un nacionalismo de tipo restrictivo y autoritario durante la primera mitad del siglo XX en Argentina han dado lugar a una cuantiosa literatura, el trabajo sobre **Nacionalismo y antisemitismo** nos permite conocer los dispositivos y el proceso de construcción de una condena hacia lo “judío” en el seno de ese mismo nacionalismo.

El autor reconoce distintas explicaciones producidas por los actores sociales contemporáneos para describir el origen de una “cuestión judía” en Argentina durante la primera mitad del siglo XX: “El origen de la cuestión judía en Argentina recibió —a lo largo de las décadas de 1930 y 1940— una serie de intentos de explicación surgidos al calor de la disputa política: la que sostenía que el problema se derivaba de la existencia misma de los judíos, la que consideraba que se trataba de una cuestión importada por el nazismo, y la que afirmaba que se sustentaba en parte en el parti-